

Paquidermos, ratones y polillas

JOSE ANTONIO ABELLA

La casa por barrer

A estas alturas de siglo, no debemos de ser pocos los que empezamos a sentirnos como un rinoceronte en una cueva cibernética. A duras penas, como paquidermos que lanzaran cabezadas uniformes contra un ejército de mariposas o polillas, nos defendemos con el *hardware* de nuestras convicciones, contra el *software* de tantos y tan sutiles reclamos, tan sutiles y tan dulces venenos, tan dulces y tan eficaces condicionantes de nuestra vida cotidiana, nuestra única vida.

Ocorre que, a fuerza de ser empleada por los viejos teóricos de la revolución, tan apolillados ya como los cuplés de doña Concha Piquer, la palabra *alienación* se fue revistiendo con el aura de los tópicos, primero; y con el sabor irrisorio de lo caduco, poco después. Pero la alienación —¿dejar de ser uno mismo no es lo mismo que dejar de ser?— va camino de convertirse en el signo de nuestro tiempo. Sucede con ella como con el aire, que cuanto más puro y claro es, menos se ve. Y así lo debieron de entender quienes, en la cúspide clarividente de la pirámide social, nece-

sitan que cada uno de nosotros siga siendo una pieza bien engrasada en los mecanismos de la producción y del consumo.

Soy consciente del sabor rancio e incluso del moho de estas palabras (a ningún lector se le obliga a continuar) pero las asumo para seguir diciendo que la sutileza de los métodos de alienación es precisamente la mejor garantía de los resultados obtenibles: a nadie se le escapa que una trampa muy evidente no resulta demasiado útil para cazar ratones, motivo por el que los cazadores han de ingeniárselas o bien para disimular el cebo, lo que no siempre es posible, o bien para hacer más irresistible la carnada, lo cual parece bastante más fácil, a tenor de ser hoy en día el método más utilizado y, como digo, con el que parecen obtenerse mejores resultados.

A los hechos me remito. Y los hechos son que en la trampa del consumo, nosotros somos lo verdaderamente consumido. Ciertamente que los cebos son apetitosos y que una amplísima variedad de quesos pasea de continuo ante los bigotes de los ingenuos ratoncillos. Sólo hace falta enchufar el televisor para que un tu-

multo de invitaciones al *paraíso* («un paraíso a su alcance») desfile ante nuestros ojos. Los mejores automóviles, los múltiples y asequibles símbolos del triunfo, los perfumes que seducen a las mujeres más hermosas. Todo tan real, tan apetecible, tan alcanzable. El premio a nuestro esfuerzo de ciudadanos respetables. Porque trabajar es conseguir. Conseguir es poseer. Poseer es mostrar y demostrar lo poseído. Todo tan correcto, tan lógico, tan fácil.

Encontrar el nexo que une se *automóvil con las hambrunas de Somalia*, esa estética del triunfo con el fracaso ético de nuestro modelo social, ese perfume con el vacío inodoro —cuando no maloliente— de la propia existencia cotidiana, ya no es tan fácil. Pero ese nexo existe. Existe aunque, precisamente por ser nosotros uno de sus eslabones, nos cueste verlo. Existe por mucho que nos moleste su existencia y que no haya peor ciego que el que no quiere ver.

No sé quién dijo eso tan conocido de que «quien a los veinte años no es un revolucionario, es que no tiene corazón; pero quien a los cuarenta no es un conservador, es que no tiene cabeza». Hoy en día, ya ni eso:

cuando se cumplen 25 años del mayo del 68, ya nadie busca las arenas bajo el asfalto de París. Es más, hoy, hablar de las arenas o de las olas de la playa resulta verdaderamente ridículo, a no ser que lo hagamos para ilustrar el bronceado de nuestra piel o nuestras habilidades en el *surfing*. Este panorama me resulta en verdad desconsolador, especialmente cuando se manifiesta en las generaciones más jóvenes, cuando las olas del conservadurismo peor entendido ahogan incluso a quienes menos tienen que conservar.

Acaso el «todo a tu alcance», una y mil veces repetido, ha terminado por convencerles y por convencerlos de que todo, efectivamente, está a su alcance y a nuestro alcance: de que la felicidad es una batalla individual y de que, a fin de cuentas, uno pudo ser feliz en medio de un mundo desgraciado.

Poco antes de ese mayo de 1968, Raoul Vaneigem lo había anunciado y denunciado: *cien mil pinchazos de aguja matan tan certeramente como tres golpes de maza*. Y esto es tan cierto para la delicada piel de los ratoncillos como para la paquidermis de los rinocerontes.